

INTRODUCCIÓN

LA PSICOLOGÍA DEL SACRIFICIO

Efraín Varela sabía que iban a matarle. Sabía incluso qué alternativas se plantearían sus verdugos.

—Si me matan en la ciudad, lo harán a balazos —comentó a sus compañeros periodistas dos semanas antes de su muerte—. Si me sorprenden en una zona rural, primero me torturarán.

Varela se había especializado en desenmascarar a los políticos corruptos y airear las atrocidades de los paramilitares en Arauca, una ciudad remota de las ingobernables llanuras de Colombia. A lo largo de los años había rechazado sobornos y sobrevivido a otros intentos de asesinato. Pero cuando en junio de 2002 evitó por los pelos que lo secuestraran, estaba convencido de que su hora estaba cerca. Desoyendo las recomendaciones de sus colegas, continuó publicando sus revelaciones hasta que, tal como había predicho, fue hecho prisionero en el campo, torturado y asesinado de un tiro.

Cuando la gente oye hablar de periodistas que mueren por un artículo, se imagina a corresponsales de guerra sorprendidos en medio del fuego cruzado, pero la muerte de Varela es un caso mucho más típico. Casi tres cuartas partes de los más de 800 periodistas que han muerto al pie del cañón desde 1992 han sido previamente elegidos como objetivo y luego asesinados. La mayoría de los muertos —más del 90%— eran periodistas locales. Y prácticamente todos los instigadores de esos asesinatos —el 95%— han esquivado la cárcel.

Descubrí esta plaga de asesinatos impunes en Filipinas entre 2000 y 2003, mientras llevaba a cabo la investigación para un libro. Durante este período, catorce periodistas fueron asesinados fuera de Manila y ninguno de los asesinos fue llevado ante los tribunales. Los defensores de la libertad de prensa en Filipinas se quejaron a la presidencia de la nación de que muchos de los asesinados habían sido amenazados públicamente por políticos y hombres de negocios. El Centro Filipino del Periodismo de Investigación (PCIJ, Philippine Center for Investigative Journalism) predijo que lo peor estaba por llegar si no se perseguía a quienes perpetraban tales crímenes. No se hizo, y en 2004 fueron asesinados ocho periodistas más, todos ellos previamente advertidos de lo que les esperaba si no guardaban silencio.

Las organizaciones internacionales que intentaron llamar la atención sobre estos asesinatos que quedaban impunes fueron el Comité para la Protección de los Periodistas (CPJ, Committee to Protect Journalists), con sede en Nueva York, y Reporteros sin Fronteras (RSF), con sede en París. Argumentaron ante los líderes gubernamentales y el público en general que, mientras que el asesinato de cualquier persona era siempre condenable, el asesinato de un periodista tenía consecuencias que iban más allá de la muerte del individuo. Los periodistas representan el derecho de la gente a saber lo que hacen los personajes públicos, desenmascaran la delincuencia cuando la policía se niega a perseguirla (o forma parte de ella) y ayudan a los ciudadanos a conocer y a comprender las actividades que grupos armados ilegales y terroristas llevan a cabo en la zona. Si los periodistas pueden ser asesinados como represalia por su trabajo y los asesinos no pagan por su delito, las sociedades en las que se producen esos asesinatos estarán a merced de sociópatas.

En mayo de 2005, el CPJ publicó un boletín titulado «Marked for death» [Señalado para morir], en el que se informaba de que los cinco principales países donde se habían producido asesinatos de periodistas desde 2000 eran, en orden de mayor a menor número de asesinatos, Filipinas, Irak, Colombia, Bangladesh y Rusia. Son países con gran cantidad de problemas específicos de sus regiones y culturas respectivas, pero que muestran una similitud sorprendente en cuanto a la forma sistemática de permitir y proteger la criminalidad. También los periodistas presentaban semejanzas sorprendentes. En su mayor parte trabajaban en puestos mal remunerados en áreas remotas controladas por funcionarios corruptos. En su zona, el soborno a los periodistas era la norma, pero muchos de los asesinados eran famosos por permanecer limpios en este aspecto. Muchos de ellos habían predicho que serían asesinados si continuaban con la publicación de sus informaciones, pero insistieron en hacerlo hasta su sangriento final.

Aunque tanto el CPJ como RSF fueron escrupulosos en su análisis de centenares de «casos de asesinato», los resúmenes que realizaron de la vida de esos periodistas fueron necesariamente breves y rara vez iban más allá de la mención de sus últimos artículos y un par de párrafos sobre su currículo profesional. Ninguna de las dos organizaciones intentó averiguar qué era lo que impulsaba a aquellos individuos a hacer lo que hacían. Cuando leí las breves biografías de las víctimas, me pregunté por las causas del valor que habían demostrado. Se atrevieron a perseguir con obstinación los delitos de gente inmune a los procesos judiciales, pero sin alojarse en los hoteles seguros frecuentados por los corresponsales extranjeros. En muchos casos habían vivido en casas modestas donde lo único que los separaba del asesinato era una puerta de madera contrachapada de un centímetro de grosor. De hecho, muchos de ellos habían anunciado públicamente su intención de investigar

ciertas historias a pesar de la impunidad que les garantizaba su capacidad de tomarse la revancha. ¿Eran estos periodistas unos idealistas? ¿Ególatras? ¿Devotos creyentes? ¿Les había movido la actitud de quien se hace el macho y está por lo tanto dispuesto a desafiar a los matones? ¿O acaso un celo revolucionario y el deseo de ayudar a la gente? ¿Estaban tal vez tan obsesionados con la idea de conseguir un gran artículo, que acabaron cerrando los ojos ante las previsible consecuencias? ¿O estaba su vida personal tan castigada por los criminales y los escuadrones de la muerte que tenían la sensación de que su sacrificio era el precio que debían pagar por publicar el artículo?

En otoño de 2005 elegí casos representativos en los cinco países con mayor número de asesinatos y me propuse visitar sus ciudades, entrevistar a sus familias, amigos y compañeros de trabajo e intentar comprender sus motivaciones personales. Me formulaba dos preguntas:

- ¿Qué es lo que hace que un periodista pobre de una pequeña ciudad continúe trabajando en una determinada historia incluso cuando ha sido amenazado de muerte y ha recibido ofertas de atractivas recompensas por hacer la vista gorda?

- ¿Qué es lo que permite que sociedades enteras funcionen como empresas criminales en las que los que dicen la verdad son asesinados públicamente y los personajes públicos que ordenaron los asesinatos quedan libres de cargos?

Cuando un periodista es asesinado, su vida y su trabajo explotan, y los fragmentos se clavan profundamente en el cuerpo de sus más allegados. Las personas que soportan el peso de estas vidas segadas prematuramente compartieron conmigo el lado público y privado, los aspectos más nobles y los defectos más graves de los periodistas cuya vida y trabajo investigué. Las historias que me contaron revelaron que, si bien cada uno de ellos se arriesgó a ser asesinado de acuerdo con su propia y personal psicología, los objetivos profesionales de estos periodistas eran coincidentes. Creían apasionadamente en el principio de que hay que impedir que el poderoso oprima al débil. Pese a sus fallos y defectos, cada mañana iban a trabajar con la convicción de que el objetivo del periodismo es defender a quien está indefenso.

Los criminales a los que se enfrentaban creían en el principio contrario: que el débil ofrecía oportunidades para el enriquecimiento del poderoso. Los predadores políticos y religiosos que organizan los gobiernos no permiten investigar sus más profundos motivos y reaccionan de forma violenta cuando los periodistas demuestran que sólo están al servicio de sí mismos. De una manera u otra, todos los periodistas asesinados que aparecen en este libro intentaron poner al descubierto la estructura criminal organizada que

dirigía su país y se acercaron funestamente a sus verdaderos entresijos y conexiones.

En su nivel más básico, el crimen organizado es un sistema de concesión de licencias. Un gangster se abre camino hasta la cima mediante artimañas o asesinatos y, para asegurarse su posición, concede a otros el derecho a realizar actividades ilegales en su territorio, esperando a cambio un tributo y protegiéndolos de la ley. Ese mecanismo único gobierna todas las naciones en las que se dan las mayores cifras de asesinatos de periodistas. Sigue un *modus operandi* universal: el ascenso al poder se acompaña siempre de la devolución de favores... pero con un matiz. En los países gobernados según el principio del crimen organizado, los favores se devuelven con la moneda de cambio de la impunidad. Como consecuencia de ello, los dirigentes políticos o religiosos actúan como jefes de mafias y nombran a sus subordinados para que ocupen puestos en la burocracia con el supuesto de que, pese a que el sueldo será bajo, los ingresos serán elevados. La corrupción, que es una práctica circunstancial en algunos países, se convierte en estructura formal en estos lugares. La ilegalidad se ampara en la ley y el sistema de crimen organizado queda inmerso en el negocio del país. Así, el pueblo se ve sometido a un expolio constante, los dirigentes se enriquecen y cualquiera que intente desafiar a esos dirigentes descubre enseguida lo «organizado» que puede llegar a ser el crimen organizado.

Más allá de las fronteras y más allá del tiempo, este sistema de concesión de licencias a escala nacional es uniforme. Comprender ese sistema, y saber cómo lo utilizan los gobiernos para dirigir a miles de millones de personas repartidas en millones de kilómetros cuadrados, es crucial para entender cómo funciona gran parte del mundo. Es asimismo crucial para comprender por qué los periodistas son asesinados impunemente cuando intentan denunciarlo. En sociedades donde todo el mundo conoce la verdad pero teme hablar de ella, exponer los hechos equivale a veces a una invitación a la muerte. Sin embargo, para los periodistas decididos a denunciar el poder destructivo, publicar la verdad es a menudo la única opción, un paso inevitable en el camino hacia el cambio social y, en algunos casos, hacia la redención personal.

Durante los viajes que realicé para preparar este libro intenté averiguar si había un momento en la vida de aquellos hombres y mujeres en el que se percataron de que estaban dispuestos a morir por sus reportajes. Sigo sin estar seguro de si todos eligieron de forma deliberada el martirio o si simplemente utilizaron la aceptación de la muerte como una herramienta psicológica necesaria para llevar a cabo su trabajo. Algunos se sentían tan indignados ante la criminalidad de su país que en sus artículos se aventuraron por el terreno del desprecio escrito y poco después fueron asesinados. Muchos de sus cole-

gas se sentían igualmente indignados pero sobrevivieron, y me ofrecieron su perspectiva sobre lo que los periodistas tenían que hacer para garantizar su longevidad aun pisando un terreno muy peligroso. Un día tenía que entrevistarme con una periodista que había luchado contra viento y marea y que, bajo la constante amenaza de asesinato, seguía elaborando artículos más desafiantes incluso que los publicados por otros compañeros asesinados. Se llamaba Anna Politkovskaya, y cuando aterricé en Moscú me enteré de que había sido asesinada de un disparo mientras yo volaba para reunirme con ella. Politkovskaya es la protagonista de uno de los capítulos de este libro.

Su asesinato y otros acontecimientos inesperados en los países que visité convirtieron lo que pensé que sería un proyecto de un año en una iniciativa que ha durado cuatro años. En todo momento seguí el consejo de los periodistas locales y fui investigando poco a poco. En ningún momento me puse en la situación de peligro a la que se enfrentaron las víctimas. No llegué a su ciudad anunciando que estaba allí para incriminar a malhechores, como habían hecho los periodistas asesinados. No me dediqué a investigar los asesinatos cometidos, sino a conocer la vida de los asesinados.

Mi gran temor es haberme quedado corto en el aspecto de hacer justicia a los protagonistas de mi trabajo. Cuando fueron asesinados, todos estaban metidos en revelaciones de gran calado para explicar los problemas de sus respectivos países. A su vez, los problemas de sus respectivos países explicaban claramente los problemas de sus regiones: América Latina, la costa del Pacífico, el sudeste asiático, Europa del Este y Oriente Próximo. Unidos, los contextos históricos y emocionales de las revelaciones de estos periodistas ofrecían un compendio de las fuerzas sociales y políticas en juego en el mundo actual. La *forma* en que murieron los periodistas ponía de relieve el poder de esas fuerzas. Sólo espero haber transmitido al menos parte de lo que ellos me enseñaron.

No cabe la menor duda de que el asesinato es moneda corriente en muchos países. Es la forma definitiva de la censura de prensa, pues elimina el problema inmediato e intimida con frecuencia a los demás y hace que se mantengan en silencio. Funciona mejor cuando se produce con impunidad, y esta impunidad reina en los lugares más peligrosos para los periodistas. La impunidad marca la vida de inocentes, y marcó para siempre la vida de los periodistas protagonistas de este libro. Y aun así, siguieron trabajando, con el pleno conocimiento de que su país estaba gobernado por matones asesinos que vivían según el principio del crimen organizado. He intentado hacerles honor sacando a la luz su vida y las historias en las que trabajaron, contando la verdad sobre los que asesinaron a los contadores de verdades.

CONCLUSIÓN

EL PERIODISMO COMO UN ACTO DE VALOR

Antes de ser asesinado, a Manik Saha le gustaba disfrutar del tiempo libre que le permitía su labor periodística para leer las *Fábulas* de Esopo a los niños del colegio que había fundado en Bangladesh. A menudo me lo imagino leyendo *El lobo y el cabrito encerrado*.

En la fábula, un cabrito se encarama a un tejado. Cuando ve un lobo paseando por la ciudad, le grita: «¡Asesino y ladrón! ¿Qué haces merodeando entre las casas de la gente honrada? ¿Cómo te atreves a aparecer donde todo el mundo conoce tus fechorías?». El lobo levanta la vista y le responde con la moraleja de la fábula: «No maldigas, joven amigo, pues fácil es ser valiente desde una distancia prudente».

Ninguno de los periodistas de este libro se mantuvo a una distancia prudente del lobo de sus ciudades. Igual que Manik Saha, todos se metieron en la boca del lobo. He dedicado los últimos años a intentar comprender por qué lo hicieron.

Al visitar sus casas y formular preguntas sobre sus asesinatos, pude vislumbrar las amenazas mortales a las que se enfrentaron. Pero simplemente vislumbrarlas, pues yo siempre estuve doblemente protegido. Me protegía de entrada el tejado de mi ciudadanía extranjera y tenía, además, otro tejado por encima de ése: los aliados que me guiaron a lo largo de mi investigación. En cambio, los periodistas asesinados siempre estuvieron solos y desprotegidos, ni sobre un tejado ni debajo de él. Se comprometieron a una lucha a vida o muerte cuyo resultado todos habían predicho.

Creo que la mejor forma de comprender sus motivos es reconocer el alcance de la corrupción y la violencia en sus países. Como periodistas amenazados, tenían tres opciones: huir, acceder a permanecer en silencio o seguir desenmascarando a los asesinos y ladrones que dominaban sus países. Tomar esa decisión llevaba su tiempo. Había que valorar las consecuencias. Lucharon consigo mismos y finalmente hicieron caso omiso de sus miedos. Pienso que cualquiera debería de ser capaz de identificarse con la peligrosa decisión que tomaron estos hombres y mujeres si se tiene en cuenta que estaban defendiendo su hogar. No llegaron de otras partes en busca de aventu-

ras en las exóticas Neiva, Tacurong, Khulna, Moscú, Togliatti o Bagdad. Vivían donde murieron e intentaron defender la ciudad donde vivían.

En el capítulo dedicado a Anna Politkovskaya, he mencionado que en Rusia existe un premio anual al «Periodismo de Acción». La expresión tal vez suene vaga en otros idiomas, pero en Rusia, donde la acción siempre implica cierto grado de peligro, su significado está claro. El periodismo de acción es un acto de valor. En Rusia se entiende que la consecuencia de sacar a la luz los entresijos de un personaje público es a veces la muerte. Cuando los periodistas deciden seguir adelante pese a las amenazas, dejan de ser simples mensajeros para convertirse en combatientes desarmados. Entran en la escena pública para combatir a un oponente situado al frente de un ejército.

Los periodistas locales de países donde la ley no existe son conscientes de que muy probablemente perderán esa batalla. Por otro lado, creen en general que algo de bueno saldrá a partir de la noticia de su pérdida. Y en ello está la clave para comprender el corazón de los periodistas sobre los que he escrito. Ahora estoy convencido de que, cualquiera que fuera su psicología individual, se veían actuando por el bien de las muchas víctimas de sus atormentadas comunidades. En Occidente, gobiernos estables y policías honrados contribuyen a que los periodistas se sitúen por encima de los riesgos mortales a los que sus reportajes podrían enfrentarlos. Pero, en ciudades donde gobierno y policía están conchabados con asesinos y ladrones, la posición ventajosa no existe y se hace necesario actuar de manera arriesgada. Como líderes de la carga contra las fuerzas corruptas, los periodistas dan un ejemplo que otros pueden seguir. Saben desde el principio que cabe la posibilidad de que sean los primeros en caer, pero siguen adelante seguros de que, en unos meses o unos años, sus conciudadanos encontrarán el valor necesario para sumarse a su lucha.

Los periodistas que protagonizan este libro vivieron y murieron por ese fin elevado: el origen de su valor. Convencidos de que sus reportajes podían cambiar el curso de los acontecimientos, sólo su asesinato pudo detenerlos. No cabe duda de que muchos de ellos deseaban ser reconocidos por su periodismo heroico, pero eso no quiere decir que simplemente quisieran llamar la atención sobre su persona. ¿Pretendían impresionar al otro sexo? Algunos sí. ¿Tenían las esperanzas depositadas en una promoción personal? En una mínima medida, sí, pero nunca si ello significaba sacrificar su objetivo final: promover la causa por la que estaban dispuestos a renunciar a cualquier promoción personal.

Cientos de periodistas han dado su vida para reparar agravios y para responsabilizar de ello a los poderosos. No todos los periodistas que han muerto asesinados tenían principios tan elevados, claro está, pero quien lea las breves biografías de las víctimas que aparecen reseñadas en la web del

Comité para la Protección de los Periodistas se dará cuenta de que existe un patrón que se repite. En su inmensa mayoría utilizaron sus reportajes para desenmascarar y enfrentarse a los poderes malévolos que asolaban sus países. Desafiaron la impunidad y pagaron el precio por ello.

En la última década han pagado este precio dos periodistas que vivían en zonas relativamente seguras de Estados Unidos y Canadá. Su asesinato, aunque excepcional, destaca a modo de señal de alarma. En mi ciudad, Vancouver, un redactor de prensa llamado Tara Singh Hayer estuvo quince años realizando reportajes sobre un grupo fundamentalista sij. Se quedó parcialmente paralítico y confinado a una silla de ruedas después del intento de asesinato del que fue víctima en 1998, pero continuó con sus artículos hasta que, el 18 de noviembre de 1998, fue abatido a tiros en el garaje de su casa. En Oakland, California, el 2 de agosto de 2007 Chauncey Bailey, un veterano reportero de televisión y prensa escrita, fue acribillado después de escribir sobre una empresa local a la que había relacionado con una larga trayectoria de actividades delictivas. Ambos vivían en comunidades donde su actividad periodística los colocaba en una situación de riesgo, y su asesinato fue con toda probabilidad instigado por las historias que con tanta valentía persiguieron.

A pesar de que en Occidente, en términos generales, los periodistas no tememos ser asesinados al pie del cañón, no podemos dormirnos en los laureles. La libertad de expresión y la libertad con respecto al miedo pueden desintegrarse relativamente deprisa cuando una economía en declive o las amenazas externas crean tensión en la sociedad. A la postre, entre nosotros y la pérdida de nuestras libertades se erige tan sólo la responsabilidad de nuestros funcionarios. Si éstos infringen la ley, de los periodistas depende alertar al público. Cuando ese escrutinio no existe, se instaura la impunidad. Y en aquellas sociedades donde reina la impunidad, la gente de a pie acaba sumándose a los que transgreden la ley. Los periodistas asesinados sobre los que he escrito fueron testigos de ese fenómeno y murieron en su intento de cambiar la situación.

Desde que inicié mi investigación, México y Sri Lanka han ganado puestos en la lista de los países más peligrosos del mundo para los periodistas. Es una lista en constante cambio, pero los motivos de los asesinos, y los ideales de los periodistas que se oponen a ellos, siguen siendo los mismos. El 5 de enero de 2009, tres días antes de ser asesinado, el periodista de Sri Lanka Lasantha Wickramatunga predijo su destino y expresó en un editorial publicado después de su muerte los motivos que lo llevaban a continuar con sus labores periodísticas: «La gente me pregunta a menudo por qué corro estos riesgos y me dice que es cuestión de tiempo que me liquiden. Por supuesto que lo sé: es inevitable. Pero si no hablamos ahora, no quedará nadie que

pueda hablar por los que no pueden hacerlo, ya sean minorías étnicas, desfavorecidos o perseguidos».

En la actualidad hay probablemente miles de periodistas en activo tan valientes o más que los que ya han caído. El valor no es una característica asignable tan sólo a los que no han sobrevivido en su empeño de realizar un periodismo activo. En los países que he visitado he conocido a algunos de estos hombres y mujeres. De no ser por la buena suerte o por su rapidez de reflejos, muchos de ellos estarían también muertos. Son ejemplos vivos de los valores por los que han muerto sus colegas. Cada mañana se despiertan conscientes de que en cualquier momento también ellos pueden ser asesinados por su trabajo.

Es algo sobre lo que reflexionar la próxima vez que oiga hablar de periodistas asesinados en lugares remotos. Muy a menudo habrán seguido los pasos de colegas que continuaron adelante, sabiendo el destino que les aguardaba. Se negaron a claudicar ante las amenazas, escribieron su última revelación y habrían publicado la siguiente de no haber sido por ese esperado asesino que llegó para impedirlo.